

Escritura e historia literaria en el *Brutus*¹

José Carlos Fernández Corte y Susana González Marín

Universidad de Salamanca
corte@usal.es y sana@usal.es

Writing and Literary History in Cicero's *Brutus*

En este trabajo tratamos de presentar el Bruto de Cicerón como un producto de la tensión de la época entre la escritura y la oralidad. La obra es una historia escrita en forma de diálogo, cuyo contenido es básicamente un producto de la oralidad, los discursos emitidos por los oradores romanos más famosos. Cicerón, el escritor de esta historia, es tanto un orador como un escritor de discursos que se proclama como la culminación del género gracias a su dominio de la escritura.

Cicerón utiliza los textos escritos de los oradores como fuente y también como apoyo a su juicio crítico. Desde su punto de vista, la escritura es una forma de desarrollo y aprendizaje para el orador y un importante instrumento de *inuentio*; asimismo, es un método para extender su *auctoritas* más allá de las circunstancias en que se pronunció el discurso original. Además Cicerón recibe de César el título de *princeps atque inuentor Romanae copiae*, lo que le confiere *auctoritas* para juzgar cualquier obra de prosa latina e inventar un género hasta ahora inexistente en las letras latinas, la historia de la literatura.

Palabras clave: Cicerón; *Brutus*; oralidad; escritura; *auctoritas*; diálogo; cronología; final de época; historia literaria.

In this paper we try to present Cicero's *Brutus* as a product of the tension of that age between writing and orality. The work is a history written in dialogue form whose content is basically a product of orality, the speeches delivered by the most famous roman orators. Cicero, writer of this history, is a speechmaker (*orator*) as much as a speechwriter who proclaims itself as the pinnacle of the genre thanks to his mastery of writing.

Cicero uses the written texts of the orators as the source and also as the support for his critical judgment. From his point of view, writing is a way of development and learning for the orator and one important instrument of *inuentio*; also, as a result of a continuous practice, writing (and publishing) transforms himself in Cicero hands in a method to extend his *auctoritas* beyond the circumstances in which the original speech was delivered. Cesar supports Cicero by calling him *princeps atque inuentor romanae copiae*, a title that, in his view, confers him an *auctoritas* to judge any work of Latin prose and invent a genre hitherto non-existent in Latin letters, the history of literature.

Key words: Cicero; *Brutus*; Orality; Writing; *auctoritas*; Dialog; Chronology; End of Times; Literary History.

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación FFI2009-09531 financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

I. ESCRITURA, HISTORIA, DIÁLOGO

1. *Introducción*

El *Brutus* es una historia crítica de la oratoria², escrita en un momento decisivo de la historia política y cultural de Roma. Se trata de la primera historia literaria de la Antigüedad que ha llegado a nuestras manos, por lo que nos interesa destacar las enormes dificultades que traía consigo alumbrar, aunque fuera de manera imperfecta y un tanto inconsciente, una forma inédita. Nuestro punto de partida es la idea de Schwindt 2000, pp. 214-217, de que la historia de la literatura adopta en la Antigüedad diversas formas y no una sola, más o menos canónica. A mayor abundamiento, resaltamos la importancia de la escritura en todo el diálogo, partiendo de una oposición, todo lo matizada que se quiera, pero clara en teoría³, entre retórica y literatura. Nuestra historia pertenece a las *litterae* (escritura, literatura), siendo la retórica la que proporciona su contenido. Tampoco se nos pasa por alto su carácter dialogado, por lo que diremos algo del «contenido de la forma».

2. *La primera historia literaria latina*

El *Brutus* es la primera (y única) historia crítica de la literatura latina. Su autor necesitó dominar la cronología, en una extensión sin precedentes⁴, y poseer las categorías que la crítica literaria de carácter aristotélico y alejandrino proporcionaban. Lo que ha inducido a confusión, aparte de su carácter único, es que el género del que se hace historia es aparentemente oral (aunque no exclusivamente, ni mucho menos, como luego precisaremos), y que el autor de la historia de la oratoria era también el personaje-orador más destacado de la misma⁵. Salvo alguna excepción (por ejemplo Narducci, al que mencio-

² Novara 1982-1983, pp. 212-239, Mañas 2000, p. 8 y Narducci 2002, p. 412.

³ Cf. Kennedy 1985, pp. 108-119, especialmente p. 111; López Eire 2002, pp. 30-32, 45-46.

⁴ Después de las aportaciones prosopográficas de Douglas 1966b y Sumner 1973, Feeney 2007, pp. 25-28, ha puesto de manifiesto la importancia del *liber Annalis* de Ático para la concepción y el desarrollo del tiempo en la obra de Cicerón, señalando un antes y un después del *Brutus* en la visión de Cicerón sobre las relaciones cronológicas entre la literatura griega y la literatura latina.

⁵ Se ha prestado poca atención, no a que el autor se elogie a sí mismo, sino a la diferencia entre hacerlo ante el público en una asamblea, o incluso en un discurso escrito, o en hacerlo

namos más abajo) no se ha reparado suficientemente, sin que, por tanto, se hayan extraído las consecuencias pertinentes, en el carácter del *Brutus* como una obra de historia, tanto como de oratoria, que sólo constituye su contenido. Ello es debido a que, antes que nada, se exhibe su condición de diálogo y el diálogo tiene un importante *pedigree* en la Antigüedad, precisamente como género filosófico⁶. El propio Cicerón, cuando califica sus obras sobre retórica, dejando a un lado las técnicas, las considera dentro de la filosofía (Codoñer 1996, p. 84; Mañas 2000, p. 10, n. 10), comparándolas con las obras de Aristóteles y Teofrasto. Pero el paso más correcto sería calificarla también como historia (Narducci 2002, p. 412).

3. *Historia en el diálogo*

Es lo que hace Ático en un pasaje próximo al final (*Brut.* 292): *sed in historia, qua tu es usus in omni sermone, cum qualis quisque orator fuisset exponeres, uide quaeso, inquit, ne tam reprehendenda sit ironia quam in testimonio*. Rodríguez Mayorgas 2007, p. 103, afirma que el término latino *historia* está relacionado con la escritura y designa en general un relato de hechos pasados, poniendo el acento en su carácter escrito, y en que se distingue por eso claramente de los hechos en sí mismos y sus conexiones⁷. Al aparecer al lado del término *sermo*, referido inequívocamente a un enunciado oral, lo que se pretende es aludir a la enunciación ficticia del *Brutus*, un diálogo precedido de una breve introducción. Además, como señala Schwindt 2000, p. 97, también pone de relieve el contraste entre el *continuum* de la narración histórica y el *discontinuum* de la conversación. Pese a que Rodríguez Mayorgas indica que *historia*, en latín, no conservó la acepción que tenía en griego de «investigación» salvo en sitios muy contados, en este texto es posible entender así el término a la luz del procedimiento de Cicerón, que valora simultáneamente su acopio de testimonios escritos y su propia expe-

en una historia de la literatura, en la que todo confluye en él. Cf. Schwindt 2000, pp. 96-121, donde se mezclan todos los desarrollos: el del género, el suyo propio, etc.

⁶ Entre los méritos literarios del *Brutus* se pone de relieve que proponer un diálogo sobre un tema histórico no tenía precedentes, salvo tal vez el *Peri Poietón* de Aristóteles, cf. Douglas 1966a, pp. XXII-XXXIII.

⁷ Rodríguez Mayorgas 2007, p. 139, n. 484, cita el texto de *Brutus* 292 pero no lo comenta. En el famoso pasaje del *De oratore* sobre la historia (2, 51-64) Cicerón insiste varias veces en su carácter escrito.

riencia. No hace falta añadir también que, según el conocido pasaje del *De Oratore* 2. 64, la historia, en calidad de *genus oratorium*, exigía un género de prosa diferente del de la oratoria forense y deliberativa (véase *Brut.* 287, a propósito de Tucídides). Al ser su finalidad informar de la verdad y deleitar, su estilo era el propio del *genus mediocre*, donde la *delectatio* se combina en grado sumo con otros elementos.

4. *Destinatario del diálogo. Traditio lampadis*

El escrito, por consiguiente, pertenece por el estilo a la *oratio*, pero no va destinado al gran público. El título de la obra, dirigida a Bruto, apoya esta opción. Él es quien confiesa no haber leído muchos discursos que en ella se incluyen (*Brut.* 123, 125), el que pide a Cicerón que les comente los antiguos discursos (*Brut.* 300), y el que muestra la avidez de un discípulo pidiendo la aclaración de numerosas cuestiones y saliéndose, por así decirlo, del guión preestablecido por Ático y el maestro⁸. En la misma dirección, el diálogo insiste en el concepto crítico de la *treditio lampadis*: Cicerón es el orador maduro que, ya al final de su carrera, parece designar a su sucesor y transmitirle los secretos del oficio. Un maestro que habla a su discípulo⁹.

5. *La escritura del diálogo*

La acción de escribir no se ve, es transparente. Cicerón no se refiere a su condición de autor de un escrito, salvo en un único pasaje (*Brut.* 181). Sin embargo, justo antes de que Ático le proponga proseguir la exposición sobre los oradores que había empezado en una ocasión anterior (*Brut.* 20), le pide otra cosa:

Vt scribas, inquit, aliquid; iam pridem enim conticuerunt tuae litterae. nam ut illos de re publica libros edidisti, nihil a te sane postea accepimus: eisque nosmet ipsi ad rerum nostrarum memoriam comprehendendam impulsus atque incensi sumus. sed illa, cum poteris; atque ut possis, rogo (*Brut.* 19).

⁸ Un análisis narratológico que tenga en cuenta las intervenciones de Bruto y Ático y su sentido, pese a ser requerido por Novara 1982-1983, p. 214, está aún por hacer.

⁹ Sobre el carácter protreptico del *Brutus* como exhortación de Cicerón a Bruto, cf. Schwindt 2000, pp. 100-101. Cf. Douglas 1966, pp. XVIII-XIX, sobre la falsa imagen que Cicerón ofrece de las relaciones que mantenía con Bruto, y el retrato de éste como un rendido discípulo suyo.

Está claro que en el alambicado lenguaje de las convenciones sociales antiguas acerca del regalo y de la obligación de reciprocidad, el *liber Annalis* de Ático es una respuesta al ciceroniano *De Republica*, que a su vez está esperando respuesta. El *Brutus* es la materialización de ese deseo de Ático. De este modo Cicerón da a entender, utilizando la forma oral y dialogada, que los escritos de sus dos interlocutores —sobre todo, el de uno de ellos— están en la base de su escritura de la actual obra¹⁰.

En el *Brutus* se mencionan cerca de trescientos oradores, ordenados más o menos cronológicamente, y se habla en detalle de más de cincuenta. Douglas 1966a, p. 50, sostiene que, siguiendo convenciones antiguas, el material ha sido convenientemente «oralizado». Pues bien, son esas convenciones las que nos interesa delimitar con toda claridad. Como en el caso de Bruto y Ático, hay que deducir que la intervención oral de Cicerón está basada en investigaciones escritas, como se comprueba fácilmente por las numerosas referencias a la escritura que puntúan el curso de su disertación oral; por ejemplo, la mención de las memorias de Rutilio Rufo¹¹, Escauro o Lutacio Cátulo. De la misma manera que hay un Cicerón orador y uno escritor de discursos, siendo el *Brutus* en realidad, más que una historia de la oratoria (oral), una historia de la literatura¹², así, entre el investigador del pasado, con sus pretensiones de exhaustividad, y el participante en el diálogo, obligado a mayor agilidad expositiva por la «supuesta» oralidad del género, se crea una cierta tensión, como ponen de manifiesto las continuas bromas de Ático¹³. Con ello se consigue dar relevancia a la acción de hacer públicas unas largas y cuidadosas investigaciones en una forma que imita la conversación oral, sin desear borrar del todo el trasfondo y los vestigios del trabajo intelectual que la precede. Cicerón, en este libro, está escribiendo una historia de la elocuen-

¹⁰ Antes, en *Brut.* 11-16, se habla también de lo importante que fue, además del *liber Annalis*, una *consolatio* escrita por Bruto para animar a Cicerón con motivo de la muerte de su hija.

¹¹ Douglas 1966a, p. 50, apunta, a propósito de Rutilio Rufo, que Cicerón pudo informarse de muchas cosas hablando con él directamente o tal vez por escrito, leyendo sus memorias. Sin embargo, siguiendo la convención del diálogo, prefiere representarse a sí mismo como oyente de esas informaciones, y no como lector. Por eso decimos que el autor «oraliza» su material.

¹² Esa es nuestra tesis, frente a Douglas 1966a, p. XVI, n. 1, que no deja de ser consciente de la dualidad, o de Kytzler 1973, p. 474, que no la refleja.

¹³ Kytzler 1973, p. 471: «Nicht weniger als viermal (176, 244, 269, 297) lässt er den Dialogpartner Atticus sich freundschaftlich mokieren über die vielen und vielleicht allzu vielen Figuren, die Cicero da aufbietet».

cia, por más que dialogada. Nos referiremos en ocasiones a la manera en que «la voz» dialogada, con sus intercambios de preguntas y respuestas, se adapta al curso cronológico o a la concepción evolutiva del arte oratoria. Pero es, sobre todo, a la huella que deja la escritura en el diálogo y al significado retórico y literario que tal decisión transmite, a lo que dedicaremos el grueso de nuestras investigaciones en el presente escrito. Nuestra perspectiva crítica se sitúa claramente «post muerte del autor» (Hardie 2010, p. 1, n. 2).

6. *Retórica y escritura. Fuentes y categorías críticas*

Naturalmente, la oposición oralidad/escritura ha sido abundantemente tratada por los materialistas culturales, especialmente Habinek 1998 o Dupont 1994. Sin embargo, nosotros no relacionaremos la forma en que se combinan oralidad, escritura y autoridad en el *Brutus*, con las grandes tendencias sociales que sin duda afectaron a la totalidad del saber y la tradición¹⁴, sino que preferimos seguirla a una escala más reducida, sirviéndonos de conceptos a la vez familiares (obras retóricas de Cicerón) y menos familiares (historia de la *oratoria escrita*). Nuestra idea es que la escritura, aplicada a la oratoria, siempre ha dado lugar a tensiones variadas, tanto técnicas como sociales.

Las primeras nos conducen a considerar el *Brutus* como una historia, no de la oratoria, sino de la escritura (de la oratoria escrita, *litterae*), en la que Cicerón convierte el acto de escribir discursos, no en una fuente para la historia de la oratoria, sino en una categoría crítica para observar las cualidades oratorias de los oradores más importantes

Las segundas nos conducen a un Cicerón orador y escritor de discursos, que se diferencia claramente del *auctor* del *Brutus*, con títulos culturales suficientes para definir la tradición.

II. MEMORIA Y DISCURSO ESCRITO

1. *Historia y escritura. La importancia de las fuentes escritas*

Cicerón necesita fuentes y testimonios escritos para escribir el *Brutus* y la distribución del material que adopta es en parte consecuencia de la disponibi-

¹⁴ Moatti 2008 presenta un análisis de la época en el que resalta el papel decisivo que el avance de la escritura desempeñó en el desarrollo del espíritu crítico en Roma.

lidad de estos recursos (y también, por otro lado, de la relación que establece entre la historia de la oratoria y la de la república¹⁵).

La fuente principal son los escritos que los oradores han dejado (véase entre otros muchísimos ejemplos *Brut.* 82: *sed C. Laelius et P. Africanus in primis eloquentes, quorum exstant orationes, ex quibus existumari de ingeniis oratorum potest.*)

Su posición a este respecto se resume en la cita de *Brut.* 181: *quid enim est superioris aetatis quod scribi¹⁶ possit de iis, de quibus nulla monumenta loquuntur nec aliorum nec ipsorum?*¹⁷

De hecho, Cicerón marca una diferencia clara entre aquellos de los que no se conserva nada y aquellos de los que sí tiene algún testimonio escrito¹⁸.

De esta manera el autor distingue en su exposición de los principales oradores romanos dos etapas claramente diferenciadas, atendiendo al pasaje de *Brut.* 181:

Una primera en la que sólo se puede mover a base de conjeturas debido a la carencia de textos escritos. Lo expresa así claramente cuando habla de Bruto (*Brut.* 53): ¿cómo el hombre que acabó con la monarquía y que instituyó la república, iba a haberlo logrado sin el auxilio de la elocuencia? Exactamente el mismo argumento vale para los personajes que cita en los párrafos siguientes (hasta *Brut.* 57); él mismo tiene la prudencia de señalar lo incierto de su inclusión en el grupo de oradores en *Brut.* 56: *sed eos oratores*

¹⁵ Gowing 2000 relaciona estos conceptos: la retórica como expresión de la vida política republicana y la escritura como instrumento para remediar el silenciamiento de la retórica.

¹⁶ Aquí es donde Cicerón utiliza el verbo *scribo* traicionando la supuesta oralidad de su enunciado.

¹⁷ El profesor Rosati, *per litteras*: «mi pare evidente che qui il lettore sia invitato a pensare al ‘monumento’ in senso fisico, artistico-architettonico, e che l’immagine della ‘statua parlante’ sia una specie di ossimoro che esalta la maggiore efficacia, anche nel parlare (il gesto tipico dell’oratoria), della letteratura, che produce monumenta che durano nel tempo, non effimeri, e ‘parla’ meglio di un oratore vivente».

¹⁸ Una distribución similar a la observada por los historiadores. Por eso afirma de la oratoria ateniense: *tamen ante Periclem, cuius scripta quaedam feruntur, et Thucydidem, qui non nascentibus Athenis sed iam adultis fuerunt, littera nulla est, quae quidem ornatum aliquem habeat et oratoris esse uideatur* (*Brut.* 27). Es cierto que señala que existía la opinión de que Pisístrato, Solón y Clístenes, anteriores a ellos, eran excelentes oradores, pero aquí procede por conjetura, como enseguida veremos que hace más adelante, cuando habla de las primeras etapas de la elocuencia en Roma. Según infiere, los hombres que han sido tan relevantes en la actividad política necesariamente deben haber destacado por su elocuencia.

habitos esse aut omnino tum ullum eloquentiae praemium fuisse nihil sane mihi legisse uideor: tantummodo coniectura ducor ad suspicandum. Este verbo, *susplicari*, aparece varias veces referido a estos primeros personajes¹⁹.

En un segundo momento ya existen testimonios directos, textos de los propios oradores (*monumenta ipsorum*) —a veces no sólo de discursos sino de otros géneros cultivados por ellos—, o indirectos (*monumenta aliorum*), procedentes de una autoridad. Este cambio se percibe en *Brut.* 57, donde aparece el que con toda certeza podemos considerar verdaderamente primer orador, Marco Cornelio Cetego. Éste no es conocido directamente por Cicerón ni siquiera a través de sus escritos, pero está respaldado por una autoridad, Ennio (al que llama *auctor*), cuyas palabras textuales sobre el personaje cita Cicerón (*aliorum monumenta* de la cita de *Brut.* 181)²⁰.

En *Brut.* 61 se avanza otro paso con la aparición de Catón, del que Cicerón puede responder directamente, puesto que, a pesar de las dificultades de la empresa, ha reunido, según sus propias palabras, más de 150 discursos. Es decir, su juicio depende de la lectura de estos textos, está haciendo una crítica de la oratoria escrita²¹.

¹⁹ Cf. en *De oratore* 1, 35-38 la opinión discrepante de Escévola sobre este tipo de inferencia.

²⁰ Otros ejemplos del empleo de autoridades: Carbón en §105 es respaldado por Lucio Gelio; en §107 Accio responde de Décimo Bruto, Q. Máximo y Escipión; al final, el propio Cicerón es testigo directo, pues escuchó en persona a muchos de ellos. También en la oratoria griega había acudido a opiniones autorizadas; por ejemplo, en el caso de Antifonte de Ramnunte recurre al juicio de Tucídides (§47).

²¹ Según Douglas 1966a, p. 47, las fuentes del *Brutus* pueden obtenerse de alusiones explícitas en la obra misma. Cada vez que hay cambios en el material que sirve como fuente, cambia también la aproximación crítica: al principio se deduce la importancia oratoria de alguien de su importancia política, L. Bruto por ejemplo; luego están figuras de importancia política primordial de las que ha sobrevivido alguna evidencia específica, pongamos Apio Claudio el Ciego. Luego la edad de la que se conservan un número de discursos más numerosos (Catón, que los incluyó en su obra). Douglas 1966a, pp. LI-LII: «At this point Cicero's criticism begins to be detailed, but only in respect of *inuentio*, *dispositio*, and *elocutio*, qualities that survive in the written Word. (Martha has observed that of ninety orators cited up to this point, i.e. the time of Antonius and Crassus, only about a third are the subjects of any substantial comment, but of that third almost all had left written speeches.) This last period merges into the beginnings of live oral tradition. Finally, for Cicero's own times we have an altogether fuller treatment which includes descriptions of orators' delivery and powers of memory as well.» Como puede verse, la orientación de Douglas es totalmente «oralista». El *Brutus* avanza desde la incertidumbre de la conjetura, hasta las fuentes escritas indirectas, las

2. *Laudationes funebres*

La valoración del texto escrito como fuente fidedigna no es ciega. Cuando Cicerón habla de Catón afirma que no hay escritos anteriores dignos de ser leídos a no ser que incluyamos las *laudationes funebres*, en cuya veracidad no confía y que considera en su mayor parte ejemplos de falsificación y manipulación histórica, quizás debido a que, además de ser *monumenta*, como llama muchas veces a los discursos, son también *ornamenta* de la familia:

ipsae enim familiae sua quasi ornamenta ac monumenta seruabant et ad usum, si quis eiusdem generis occidisset, et ad memoriam laudum domesticarum et ad illustrandam nobilitatem suam. quamquam his laudationibus historia rerum nostrarum est facta mendosior. multa enim scripta sunt in eis quae facta non sunt (*Brut.* 62).

La diferencia que Cicerón establece entre ambos tipos de discurso, los oratorios (políticos y forenses) y las *laudationes*, se debe a que el propósito expreso de su libro es pasar revista a los *oratores* y sus respectivas *aetates*, entendiendo por *orator* sólo aquel que está relacionado con la *res publica*, esto es, con la política del estado romano. Los *oratores* latinos no son homologables a los *rhetores* griegos, ni del pasado ni mucho menos del presente, porque siempre son ciudadanos destacados públicamente, según su *cursus honorum* (Wisse 2002, p. 346). De la retórica formaban parte las *laudationes* o incluso las *declamationes* que a veces el propio Cicerón afirma practicar para entrenarse, pero ello no debe confundirse con las piezas oratorias de una ciudad libre, que corrían a cargo de *oratores* en el desempeño de sus funciones públicas. Y tampoco son lo mismo los discursos de los oradores que una historia escrita acerca de ellos, como el *Brutus*, porque esta última no tiene precedentes genéricos claros (desde luego no orales) y se sitúa en un nivel distinto de escritura que los discursos. Las *laudationes*, aunque fueran pronunciadas por un político en activo, por ejemplo César a propósito de su tía Julia, y tuvieran indudables efectos políticos a corto o largo plazo —precedentes divinos del linaje del Emperador—, sin embargo carecen de relación inmediata con la política, porque la ocasión en la que eran pronunciadas no formaba parte de la vida pública, sino de la particular de las familias.

fuentes escritas directas, y, por fin, la tradición oral. Nuestra tesis es exactamente la contraria: la tradición oral directa, siempre, está interferida y es mejorada por la práctica de la escritura.

3. Memoria y testimonium

En general, los términos *testimonium* y *testis* (así como *iudicium*, *gloria*) adquieren una gran relevancia para la exposición de Cicerón: *Enni testimonio* (*Brut.* 60); *memoria patrum teste* (*Brut.* 104). En efecto, el discurso debe su repercusión, más allá de su efecto inmediato, a la escritura: o un personaje de prestigio respalda su calidad o es puesto por escrito por el propio autor, aspirando a extender su efecto más allá de la situación que lo motiva, y prestándose así a ser examinado críticamente por especialistas, en concreto, por Cicerón. Porque Cicerón, entre los muchos roles que desempeña en el *Brutus*, funciona como Ennio o Accio: posee, como veremos más adelante, *auctoritas* para emitir un juicio y respaldar la calidad de unos oradores por encima de otros. Bruto apela al testimonio del propio Cicerón: *et nunc meum iudicium multo magis confirmo testimonio et iudicio tuo* (*Brut.* 157). Como es sabido, los griegos emplearon categorías jurídicas como *agón* y *crisis* traslaticiamente, *metafóricamente*, para juzgar la actividad literaria. Pero los romanos le confieren un sesgo característico: el *testimonium* está muy ligado a la *auctoritas* que se requiere de los testigos en un juicio para establecer la verdad. Y la verdad era la primera *lex* de la historia según se establece en el *De Oratore* y se corrobora en el *Brutus*: *sed in historia, qua tu es usus in omni sermone, cum qualis quisque orator fuisset exponeres, uide quaeso, inquit, ne tam reprehendenda sit ironia quam in testimonio* (*Brut.* 297). Por esta razón en esta historia crítica de la oratoria, escrita a modo de diálogo, es fundamental la aportación de testigos. Pero, más allá del *shifter* testimonial de que hablaba Barthes 1984, p. 164, desde una perspectiva estructuralista, los *testimonia* de que aquí se habla conservan su valor como *autoridades* literarias, debido, fundamentalmente, a la fuerte impronta jurídico-social que aún conserva el término testimonio.

4. *Historia de la literatura e historia crítica de la literatura a propósito de Catón*

El caso de Catón es ilustrativo.

Para Cicerón era un punto crucial en la historia de la elocuencia porque:

- es el primero del que conservamos discursos escritos (*Brut.* 61, 80, 89).
- es el primero en el que encuentra atestiguada la voluntad de ampliar su *auctoritas* mediante la conservación por escrito de sus discursos.

Su actividad oratoria forma parte de su vida política; la inclusión de sus discursos en su obra histórica, *Origines* (en sí misma una innovación, porque es la primera obra histórica escrita en *latín*), es una manera de extender su *auctoritas* como orador y político a otro plano, prolongándola de cara a la posteridad más allá de la situación inmediata para la que el discurso fue concebido (Habinek 2009, p. 123). Sin embargo, por lo que dice Cicerón, no logró su propósito de forma duradera, puesto que se queja repetidamente del olvido en el que ha caído (*Brut.* 65: *Catonem uero quis nostrorum oratorum, qui quidem nunc sunt, legit?*)²². En su nivel de autor de una historia crítica de la elocuencia, Cicerón practica la crítica retórica de las cualidades y defectos de los escritos de Catón, tal como exigían los tratados de imitación (Muckelbauer 2003, pp. 70-71). En lo que toca a sus defectos los atribuye en una buena medida a tendencias colectivas del lenguaje de su época²³, y, efectivamente, recomienda o parece comprender que ahora no se lo imite. Cicerón exhibe en este punto la complejidad y agudeza de sus juicios histórico-críticos. Sabe que a un autor lo envejecen los que vienen después: así ha sucedido con Tucídides, debido al estilo de Teopompo, y así con Catón y sus escritos históricos tanto como con sus discursos.

En este punto, con su conocida capacidad de generalización, el historiógrafo de la literatura logra formular dos principios semiótico-literarios que tienen plena vigencia en la actualidad:

1) Los practicantes de la oratoria, a diferencia de los de otras artes, no prestan atención o estima a las obras antiguas, porque logran incorporar o embeber los recursos de éstas en sus propias creaciones. Diríamos que ello es inevitable debido al sesgo crítico-imitativo al que se somete toda la literatura escrita, incluidos naturalmente los discursos, en la formación del

²² Moatti 2008 y Rodríguez Mayorgas 2007 dirían que la creciente familiaridad con la escritura hace notar a los estudiosos de la república tardía lo fácil que es caer en el olvido.

²³ *Brut.* 68: *Cur igitur Lysias et Hyperides amatur, cum penitus ignoretur Cato? Antiquior est huius sermo et quaedam horridiora uerba. Ita enim tum loquebantur. Id muta, quod tum ille non potuit...iam neminem antepones Catonem?* Para el juicio de Cicerón sobre Catón, cf. Schwandt 2000, p. 111.

orador. Sólo se lee para imitar, comparar, extraer cosas útiles, sin que se practique la lectura por el mero placer de leer y de descubrir cómo se hablaba y escribía en tiempos pasados. Y, sin embargo, Cicerón, pasada ya la fase en que necesita servirse de los oradores del pasado con un fin formativo para su estilo oratorio, es capaz de degustar los estilos relacionándolos con sus respectivas épocas. Es el comportamiento propio de un auténtico historiador. Ambos puntos de vista, el teórico del historiador y el práctico del crítico, quedan perfectamente dramatizados en el diálogo²⁴: en *Brut.* 66 Cicerón alaba encarecidamente las virtudes oratorias de Catón, señalando que lo que le interesa no es el ciudadano o el general, sino el orador: *omnes oratoriae uirtutes in eis reperientur*. Frente a él, Ático expresa una opinión distinta sobre Catón:

Ego enim Catonem tuum ut ciuem, ut senatorem, ut imperatorem, ut uirum denique cum prudentia et diligentia tum omni uirtute excellentem probō; orationes eius ut illis temporibus ualde laudo —significant enim formam quamdam ingeni, sed admodum impolitam et plane rudem. (*Brut.* 294-295).

Es una opinión crítico-valorativa, didáctica y renuientemente histórica. Pero Ático no repara en un factor que Cicerón consideraba de suma importancia en su valoración de los grandes oradores, como veremos más adelante, y es el hecho de que Catón sea el primero en escribir sus discursos en latín lo que lo convierte en un modelo preferible a los griegos (*Brut.* 68: *cur igitur Lysias et Hyperides amatur, cum penitus ignoretur Cato?*) con lo que su olvido actual —incluso desde un punto de vista crítico— pasa a ser un reproche frente a los aticistas²⁵.

²⁴ C. Codoñer 1996, pp. 78-84 distingue entre *disputatio* y diálogo. La primera afecta a la forma del contenido y suele ponerse al servicio de la investigación filosófica, reflejando tesis contrapuestas. En esta parte del *Brutus*, la mezcla de los principios de colaboración y confrontación que a veces implica la forma conversacional, parece inclinarse por la contraposición de dos posturas, las que llamamos, sin más, «histórica» y la «histórico-crítica». Se trata de una *disputatio*, que asigna cada uno de sus roles a un personaje, Cicerón, primero, y Ático, después. Y también se puede afirmar que el modo dialogado se pone al servicio del contenido de la *disputatio*: cuánto vale Catón en comparación con los oradores griegos.

²⁵ La actitud de Cicerón de cara al aticismo no debe pasarse por alto aunque escapa del propósito fundamental de este trabajo.

2) La segunda cuestión de historia literaria que suscitan las ideas de Cicerón acerca de Catón es también interesante. En su diferenciación entre la retórica y las demás artes, habla de la veneración que se tributa en estas últimas a sus fases anteriores menos perfectas. Sirviéndose del ejemplo de Andronico, Nevio y Ennio, vuelve a la diferencia entre la historia literaria, tal como él la concibe, y la historia crítica de la oratoria, tan volcada hacia el presente, sin consideración por el pasado²⁶. Ennio²⁷, un poeta, está a punto de borrar la memoria de sus predecesores, relegándolos al mundo prear-tístico y proclamándose él primero en su arte. Hinds 1998, pp. 52-91, ha estudiado esto a propósito de la actitud de los poetas, lo que nos puede servir de discriminación entre la historia literaria inmanente que ellos practican y la historia literaria de Cicerón, donde se hace patente una clara contradicción entre las categorías retórico-críticas, en las que se practica la apropiación (y que se extienden también a la poética: Ennio) y las histórico-cronológicas, más teóricas que prácticas, con una atención equilibrada a todas las fases del desarrollo de un arte y a las aportaciones de sus practicantes, aunque sean insignificantes si se miden por el rasero de su valor para la actualidad²⁸.

En suma, Ático valora a Catón como personaje histórico y lo desdeña como orador e historiador, mientras que Cicerón defiende más que Ático sus logros como literato —él escribía como se hablaba en sus tiempos— y sobre todo su voluntad «literaria» de publicar sus escritos. Cicerón piensa en los suyos propios y cree que ya Catón trataba de contribuir con su publicación al desarrollo de la oratoria. Es probable que Cicerón haya literaturizado las intenciones de Catón antes de tiempo.

²⁶ Cf. Novara 1982-1983, I, p. 240, sobre los progresos técnicos y los progresos estéticos de un arte. El arte del presente puede significar un progreso técnico, pero sin que ello implique necesariamente superioridad sobre el arte del pasado.

²⁷ Sobre esta actitud de Ennio no sólo hay que acudir al famoso pasaje de *Brut.* 76, sino también a *Orat.* 171, donde Cicerón, en su disputa con los aticistas acerca de la falta de ritmo de sus períodos oratorios, muestra una posición distinta a la del historiador de la literatura que exhibe en el *Brutus*:

Ergo Ennio licuít uetera contemnenti dicere:
«uersibu' quos olim Fauni uatesque canebant»,
mihi de antiquis eodem modo non licebit?

²⁸ Gracias a ese punto de vista, tan de la historia literaria contemporánea, Cicerón puede hacer una valoración de Catón en nada diferente de la que se practica hoy en día: Schwindt 2000, p. 111.

III. LA ESCRITURA COMO AUXILIAR DE LA *INVENTIO* Y CREADORA DEL DISCURSO ACABADO

1. *La escritura en relación a la inuentio de los discursos*

En la concepción ciceroniana, oratoria y escritura están íntimamente relacionadas y el autor afirma rotundamente que esta última es el instrumento idóneo para el perfeccionamiento en la elocuencia (*Brut.* 92: *nulla enim res tantum ad dicendum proficit quantum scriptio*). Por lo tanto, es natural que la escritura forme parte del entrenamiento de un orador y que en varias ocasiones incluya la redacción como uno de los ejercicios convenientes para éste (*Brutus* 272, hablando de su yerno Pisón, *Brut.* 305, 310, 321; cf. *De oratore* 1.147-159).

El ejemplo de Galba nos aclara el papel que la escritura puede desempeñar en la fase de la *inuentio* (*Brut.* 93-94).

Galba se encerraba con sus secretarios antes de ir al foro dictándoles simultáneamente a cada uno, lo que habla de la utilización de la escritura en el proceso mismo de la *inuentio*, en muchos casos inseparable de la *elocutio*, pues se supone que las cosas que dictaba estarían en distintos grados de acabamiento, unas esbozadas, otras terminadas. Cuando abandonaba la habitación parecía haber pronunciado ya su causa, afirma Cicerón: tal era su aspecto físico y no digamos el de sus secretarios, que parecían haber recibido una tunda de palos. La anécdota nos da una idea de la pasión de Galba, de su fuerza personal, su fuego, su *uis* elocutiva, su uso de la *conmiseratio*, aunque, como luego va a contar, en una fase posterior este orador no era capaz de trasladar estas cualidades a sus escritos.

En este punto la práctica romana difería considerablemente de la griega, puesto que entre los griegos la figura del logógrafo al que se encargaba la elaboración de un discurso implicaba necesariamente la redacción previa por escrito de éste, que era aprendido de memoria por el interesado. Isócrates es el ejemplo de escritor de discursos que nunca hablaba en público, como se señala en *Brut.* 32.

2. *Versiones posteriores al discurso pronunciado*

Cicerón nos aclara que la mayor parte de los discursos escritos que se conservan proceden de una redacción posterior (*Brut.* 90: *pleraeque enim scri-*

buntur orationes habitae iam, non ut habeantur) y son éstos los textos que él toma como base de su juicio crítico.

Aunque, como ya hemos señalado, consideraba que escritura y oratoria mantenían una estrecha relación, era plenamente consciente de que se trataba de actividades distintas para las cuales no siempre los oradores mostraban habilidad similar. Precisamente el caso de Galba sirve como ejemplo de esta disparidad. La escritura le había sido muy útil para la preparación, pero después, a la hora de poner por escrito el discurso, desaparecía su pasión y foga como orador (*Brut.* 93-94), cosa que no sucedía a otros que pulían más sus discursos.

Por eso, cuando habla de ellos distingue las dos facetas: una como *orator* en el foro y en la curia²⁹ y otra como *scriptor*.

En todos los casos salta a la vista la enorme diferencia entre un discurso pronunciado en una ocasión real y su versión escrita (aunque naturalmente en esta distancia haya grados): el discurso pronunciado es profundamente dialógico, enmarcado en una situación concreta temporal y espacial (siempre en un espacio público), inserto en una secuencia, es decir, pronunciado antes y después de otras intervenciones, que lógicamente debía tener en cuenta³⁰, dirigido a un público muy amplio con un conocimiento de la situación y una predisposición determinada, etc.

En cambio, el discurso escrito se aleja de esa situación real (especialmente cuando adquiere su propia autonomía e independencia respecto a la historiografía), se aísla de esa secuencia de intervenciones a la que en origen perteneció. La redacción se hacía en frío (recordemos a Galba de nuevo). El público era diferente, más reducido necesariamente, pero también más distante de las circunstancias originales. Además, el autor lo redactaba contando con el conocimiento de lo acaecido en la situación real, sabiendo el efecto causado, la reacción del público presente en cada momento, lo que le permitía, si no grandes modificaciones, sí insistir en una cuestión determinada o incluso seleccionar unos pasajes u otros en su versión definitiva (*Brut.* 164: Craso).

²⁹ También le gusta distinguir entre los que tienen más éxito en el ámbito judicial o en el político, lo que habría que relacionar con la diferencia de públicos.

³⁰ En *Brut.* 208 Cicerón comenta los inconvenientes de la defensa compartida (Humbert 1925, p. 90).

Pero la variedad en el grado de elaboración y la configuración y la función de cada uno de los discursos escritos que Cicerón considera también sirven para probar la diferencia esencial que existía entre el orador y el autor.

No obstante, antes de emprender cualquier análisis sobre estas versiones escritas *a posteriori*, conviene advertir de las circunstancias de difusión de los textos escritos en general y en particular, de los discursos, para intentar aclarar la incertidumbre sobre la autoría real de algunos de los textos³¹.

Para empezar, no siempre la responsabilidad de la redacción ni de la conservación ni de la forma de un discurso pronunciado era necesariamente del orador, puesto que durante su ejecución oral cualquiera podía tomar notas y poner en circulación un texto³². Quintiliano (*Inst.* 7, 2, 24) se queja de que circulaban ediciones no autorizadas de sus discursos que conservaban poco del original. Suetonio (*Iul.* 55) nos dice de César que el discurso titulado *Pro Quinto Metello* no fue editado por él, según Augusto, sino recogido por estenógrafos que cometieron errores. Cicerón, estando fuera de Roma, podía leer textos escritos de *contiones* que se habían celebrado apenas unos días antes (*Att.* 7, 8, 5; 14, 17a, 7; 14, 20, 2; 5, 14, 21; 15, 2, 3, etc.). White 2009, p. 280, señala que es posible que detrás de algunas de estas ediciones hubiera librereros deseosos de hacer negocio, pero naturalmente cuenta también con que la circulación podía deberse a intereses políticos; por ejemplo, Cicerón en *Vat.* 3 reprocha a Vatinius que facilitara a la acusación contra Sestio los textos de las *contiones* que éste había pronunciado.

Podía suceder que el único rastro escrito de los discursos pronunciados fueran estos apuntes, cuyos objetivos y grado de fidelidad eran sin duda muy diversos.

Naturalmente entre estos estenógrafos también figuraban los propios secretarios de los oradores que estaban encargados de tomar notas. El material podía pasar a formar parte de sus archivos privados o podía ser puesto en circulación prácticamente en bruto; también podía servir como guía para una reelaboración escrita del discurso y su publicación posterior por parte del orador. Esta publicación podía hacerse no mucho después de la ejecución oral, como sucedió por ejemplo con el discurso de Craso a favor de la ley Servilia (*Brut.* 161): tanto el momento en que se pronunció el discurso como

³¹ Cf. *Brut.* 99 ss., donde Cicerón y Ático discuten sobre la autoría de un discurso *de sociis et nomine latino contra C. Gracchum*.

³² En *Brut.* 290 Cicerón menciona a los *scribae* que asistían a los discursos.

su redacción se sitúan dentro del mismo consulado. Por supuesto, incluso aunque la redacción fuera responsabilidad del propio orador, el objetivo y el grado de elaboración podían ser diferentes.

A la vista de todo lo dicho, podemos comprobar que los textos de los discursos no constituían un tipo homogéneo sino realidades muy diferentes por su función y su *status* (Dupont 2009, p. 144). Nos lo demuestra un breve repaso a la información del propio Cicerón en el *Brutus*, donde ya hemos señalado la fuerte relación entre los oradores considerados mejores y su contribución (o falta de ella) a la elocuencia escrita.

En Roma los discursos comenzaron a ponerse por escrito incluyéndolos en obras históricas, empezando por la analística. Se trata de una práctica atestiguada profusamente en Grecia, como el propio Cicerón señala. En este caso el discurso carece de autonomía y se subordina a los fines de la historiografía. En función de su objetivo historiográfico, las circunstancias del acto de enunciación en el que se pronunció el discurso tienen su importancia.

Catón constituye un caso especial dentro de esta práctica. Como ya hemos mencionado, Cicerón nos cuenta que incluyó en sus *Origines* algunos discursos pronunciados por él mismo (por ejemplo, en *Brut.* 89 nos dice que poco antes de morir incorporó el discurso contra Galba), es decir, que asume a la vez el papel de historiador y el de orador que es personaje de la historia. Es indudable la intención de Catón de aportar un testimonio histórico cuyo valor aumenta al tratarse de una experiencia directa, y es más que probable que deseara acrecentar y preservar su gloria personal.

Como parte de esa intención se puede interpretar el hecho de que también dejara por escrito un *corpus* de discursos independiente de su obra histórica. Es difícil saber cuál fue el grado de elaboración de estos discursos y su objetivo. Es posible que simplemente estuvieran destinados a los archivos privados de su autor; el hecho de que fueran escritos en tablillas parece apuntar más bien a un libro de valor documental³³. Si de Catón no podemos afirmar que tuviera la idea de preservar para la posteridad su imagen como hombre de letras, al fin y al cabo una faceta derivada de su actividad pública, sí se percibe claramente que Cicerón sí piensa en recibir reconocimiento en este sentido: los discursos no son sólo el soporte de la memoria histórica colecti-

³³ Pasaje conservado en Frontón, *Aur.* 1, 2, 11: *iussi caudicem proferri, ubi mea oratio scripta erat de ea re, quod sponsionem feceram cum M. Cornelio. tabulae prolatae*. Es un buen ejemplo de la función que podían tener estos textos.

va, sino también de la memoria individual como hombre público y también como orador. De hecho, en el *excursus* de *Brut.* 92 uno de los motivos que enumera para que los oradores no escriban discursos es que hay quienes *memoriam autem in posterum ingeni sui non desiderant* (y también hay quienes temen que si lo hacen serán criticados).

Cicerón ha presentado a Catón como un iniciador: es el primero que escribe historia en latín; también es el primero en dejar sus discursos por escrito, y no sólo como parte de su obra historiográfica sino que da un salto cualitativo al concederles entidad propia independiente.

Craso recibe de Cicerón un juicio extremadamente favorable (sin embargo, obsérvese la opinión de Ático en *Brut.* 296) y minucioso. De hecho, en *Brut.* 164 considera una obra maestra su discurso a favor de la ley de Cepión, pronunciado en el año 106 a. C., justamente el del nacimiento del propio Cicerón, un dato que éste procura resaltar. Pero la versión escrita estaba incompleta, constaba de una selección de pasajes unidos por epígrafes sin desarrollar que pretendían dar una idea del desarrollo del proceso: *multa in illa oratione grauitur, multa leniter, multa aspere, multa facete dicta sunt; plura etiam dicta quam scripta, quod ex quibusdam capitibus expositis nec explicatis intellegi potest*. En otros casos sabemos que se contentó con un resumen: *ipsa illa censoria contra Cn. Domitium conlegam non est oratio, sed quasi capita rerum et orationis commentarium paulo plenius*. Previamente también ha señalado lo mismo a propósito de otro discurso que pronunció a favor de la vestal Licinia (*Brut.* 160). Bruto, de hecho, lamenta la escasa producción escrita de Craso y Antonio³⁴.

De Sulpicio y Cota aportamos el texto de *Brut.* 205:

Sulpici orationes quae feruntur, eas post mortem eius scripsisse P. Cannutius putatur aequalis meus, homo extra nostrum ordinem meo iudicio disertissimus. ipsius Sulpici nulla oratio est, saepeque ex eo audiui, cum se scribere neque consuesse neque posse diceret. Cottae pro se lege Varia quae inscribitur, eam L. Aelius scripsit Cottae rogatu.

Sulpicio habla y no tiene voluntad de poner por escrito sus discursos ni utilizando habilidades propias ni recurriendo a instancias ajenas; si se conser-

³⁴ *Brut.* 163: *quando quidem tu istos oratores, inquit, tanto opere laudas, uellem aliquid Antonio praeter illum de ratione dicendi sane exilem libellum, plura Crasso libuisset scribere: cum enim omnibus memoriam sui tum etiam disciplinam dicendi nobis reliquissent.*

va algo de él es porque otro se ha apropiado de su nombre, utilizando en provecho propio la fama (oratoria) ajena.

Cota utiliza a Elio como «negro», pero se contenta con un escritor inferior a sus logros como orador; Elio, un estoico, escribe para muchos, y, según Cicerón, no bien (*Brut.* 207). Si hay un lugar en el que discurso oral y escrito muestren sus diversidades es aquí. Pues Elio facilita a gente que pronuncie discursos orales que no son suyos, mejorando así las prestaciones de los clientes, pero, en el caso de Cota, que sí destacaba por su habilidad oral, éste permite voluntariamente (o no es plenamente consciente) que su fama como escritor ofusque sus logros como orador.

Con Hortensio encontramos otra modalidad de discurso escrito: en *Brut.* 328 se dice *idque declarat totidem quot dixit, ut aiunt, scripta uerbis oratio*. Se entiende que se trata de una transcripción del discurso tal y como fue pronunciado (Douglas 1966a, p. 232), no un resumen ni una selección de pasajes, como la de Craso. Parece que Hortensio aspiró a poner por escrito el discurso como una totalidad, aunque su intento aparentemente responde a una intención documental. No sabemos cómo solucionó Hortensio las complejidades de los mecanismos legales que condicionaban el proceso o si reprodujo también testimonios o documentos. El propio Cicerón no parece saberlo muy bien puesto que reproduce testimonios ajenos.

Y llegamos a Cicerón, que constituye el punto culminante como *orator* y como *scriptor*.

Si tuviéramos que escoger un texto sobre la escritura del propio Cicerón, sin duda sería el de *Brut.* 123:

nobis quidem pueris haec omnium optima putabatur, quae uix iam comparet in hac turba nouorum uoluminum. Praeclare, inquit Brutus, teneo qui istam turbam uoluminum effecerit. Et ego, inquam, intellego, Brute, quem dicas; certe enim et boni aliquid adtulimus iuuentuti, magnificentius quam fuerat genus dicendi et ornatius; et nocuimus fortasse, quod ueteres orationes post nostras non a me quidem —meis enim illas antepono— sed a plerisque legi sunt desitae.

Cicerón veía cómo los oradores anteriores, incluso los mejores, como Craso, no habían logrado perdurar. Reconoce en ellos una evolución: la autonomía del discurso escrito, el progresivo perfeccionamiento técnico, la pretensión de crear un texto completo y unitario. Pero él aspira a más, a la excelencia intelectual y literaria, destinada a la posteridad. Es preciso convertir el discurso en un texto literario con autonomía y concebido como una unidad gracias a una

elaboración cuidadosa y de calidad, que permita observar en detalle la *elocutio* del orador y, por tanto, su *auctoritas* en el terreno de la elocuencia. Se trataba de un trabajo arduo, porque exigía la refundición completa de los discursos que cuando se pronunciaban estaban sujetos a un procedimiento determinado (recordemos la costumbre de que actuaran varios defensores, el número y orden de las intervenciones, testimonios, incidentes, etc. Cf. Humbert 1925, pp. 82-96 y 256-266), una tarea laboriosa y disuasoria para muchos oradores antiguos, que se contentaban con ver testimonios de su discurso en esquemas, resúmenes y antologías, renunciando a transmitir la idea de unidad. Este tipo de textos no lograba ocupar un lugar relevante socialmente.

Cicerón no duda en abordar este trabajo. Confecciona textos que presentan su intervención en el proceso como un conjunto; con este fin elimina los detalles de la argumentación que considera poco interesantes para un lector, teniendo en cuenta que en el momento de la publicación el discurso había ya perdido actualidad inmediata y el público estaba movido por el deseo de hacerse una idea general de la marcha del proceso o por la curiosidad literaria. Por las mismas razones, elimina los documentos probatorios que se leían durante la causa o aquellas declaraciones de testigos que no le daban pie a la exhibición literaria o que podían romper el tono del conjunto.

Además él les añade la excelencia literaria hasta el punto de que el término con el que se refiere a sus discursos escritos es *uolumen*, un soporte literario sujeto a determinadas convenciones materiales, el mismo término que se usa para un libro de poesía.

De esta manera los libros resultantes gozan de un nuevo *status* social. Antes las versiones escritas de los discursos tenían fundamentalmente un valor documental, o se utilizaban como instrumento de intereses políticos, o, en el caso de los oradores más destacados, establecían modelos morales dignos de imitación por la posteridad, podían ser útiles para aprender cuestiones sobre la *inuentio* y la *dispositio* y constituir una base que sirviera para emitir un juicio aproximado sobre el orador. Ahora los discursos escritos de Cicerón, como otras piezas literarias, podían circular privadamente entre miembros de la élite para su disfrute; podían constituir un objeto de regalo para los implicados en la causa, que constataban así el esfuerzo que el *patronus* les había dedicado y gracias al escrito podían revivir aquellos momentos; y, por supuesto, se erigían como modelos destinados a la imitación.

Cicerón en la redacción de los discursos evoca un acto de enunciación real, es decir, los discursos realmente fueron pronunciados, y es probable

que su versión escrita fuera fiel a la original, pero él mismo dio el siguiente paso: escribir los cinco discursos de la *actio II contra Verrem*, que nunca fueron pronunciados. Él los coloca en una situación enunciativa ficticia, aunque inspirada en una real, la de la *actio I* (Butler 2002, pp. 71-84). De hecho, algo similar es lo que está haciendo en el *Brutus*: evocar en un texto escrito una situación ficticia como el diálogo, inspirándose en el modelo platónico. Podríamos imaginar el origen del *Brutus* según una concepción rígida de la contraposición entre oralidad y escritura, o de forma menos tajante, pero más efectiva. La visión oralista se atendería a un diálogo que luego se reproduciría por escrito de una manera más o menos automática. La actividad de escribir sería aquí transparente (por inexistente) y mecánica. La concepción literaturista rígida, absolutamente ficcionalista, pretendería que el diálogo es una creación literaria en su totalidad, en el que se fingiría una instancia narrativa dialogada como origen de la voz de Cicerón y de sus interlocutores. Más probable, con toda seguridad, es una situación en la que Cicerón comunica de alguna manera, oral o por escrito, el resultado de sus investigaciones a partir del libro de Ático, y responde a preguntas de sus interlocutores. Sobre esta base, o una parecida, Cicerón pondría por escrito la obra cuyo resultado final conocemos, algo muy lejano de un diálogo «espontáneo».

Cicerón juzga a los oradores del pasado por los discursos que han dejado escritos, lo que los convierte, por supuesto, en fuentes indispensables para el contenido de la historia de la elocuencia; pero, mejor aún que eso, al juicio que le merecen como oradores añade siempre su calidad como escritores, tanto que, de hecho, ambos criterios son inseparables. Frente a Kytzler, que sin reparar en el carácter contradictorio del libro —una *historia de la elocuencia hablada a partir de textos escritos*— cree que la finalidad de Cicerón es subrayar sobre todo la *elocutio* y la *actio* y, por tanto, la ejecución oral del discurso (Kytzler 1973, p. 474), los ejemplos de Catón, Galba, Gayo Graco, Antonio, Craso, Cota y Sulpicio, Hortensio y Cicerón representan cada uno un caso distinto en una tipología, en la que, dotes oratorias aparte, Cicerón supera siempre a estos personajes en el dominio de la escritura. Así que en lo que atañe a la crítica de la oratoria, Cicerón es el único modelo, el único paradigma que se puede usar por parte de los oradores modernos, por lo que Bruto apenas conoce³⁵ otros discursos de oradores que no sean los suyos.

³⁵ En *Brut.* 125 afirma que Cayo Graco es uno de los pocos oradores antiguos que ha leído.

En su calidad de historiador, faceta distinta de la de orador, situada a otro nivel de escritura, Cicerón cita a muchos oradores sólo por su contribución a la historia de la cultura y reivindica a aquellos a los que su faceta como orador-escritor había borrado. En suma, escribir discursos y contribuir al fin de la historia de la oratoria anterior, que no escribía o escribía poco y mal, es la misma cosa. De ahí que el historiador reivindique a los que ha «matado» como escritor.

IV. *AVCTORITAS* POLÍTICA Y *AVCTORITAS* LITERARIA

1. *Auctoritas política, auctoritas literaria, testimonium*

No se trata solamente de que en Cicerón confluyan las funciones de orador «oral», escritor de discursos y, en un tercer nivel, de escritor de diálogos e historiador. Se trata de que todas estas categorías narratológicas están atravesadas por algo imprescindible: la condición y la categoría socio-política de Cicerón. La historia de los oradores romanos no tiene paralelos en la cultura griega, pues allí, en otras formas literarias, se habla de *rhetores*, oradores, logógrafos, de maestros o políticos, pero no de personajes que, exclusivamente, han desempeñado todos o casi todos los grados del *cursus honorum*. El *cursus honorum* es una categoría política. Por esa misma razón los personajes que se presentan en el *Brutus* tienen ya una *auctoritas* inherente a su condición y una capacidad de poder e influencia. En ese mundo Cicerón es un recién llegado, un *homo nouus*, no un aristócrata, un *ciuis inquilinus urbis Romae*, en gráfica expresión de Catilina. Y se atreve a juzgar, no sólo políticamente, sino sobre todo técnicamente, a ciudadanos que tenían un prestigio heredado mucho mayor que el suyo, con una *auctoritas* pasada y quizás presente mucho mayor. Pese a ello Cicerón plantea cuestiones de corrección lingüística (y también otras, como quién escribe mejor, quién es la cima de la oratoria, etc.). Repárese en su atrevimiento: en más de un lugar se dice que el acento romano tiene algo indefinible (el famoso «no sé qué») que suele ser propiedad inherente de las familias con más *pedigree*³⁶.

³⁶ Parece obligado hacer confluír las disputas sobre autoridad gramatical, oratoria y literaria y referirlas a lo que estaba en juego desde el punto de vista social: Habinek 1997, pp. 64-65; cf. asimismo J. Clackson-G. Horrocks 2007, pp. 199-206, 215-219, sobre el lenguaje de Cicerón y la norma de la prosa. La situación, sin embargo, no es tan homogénea culturalmente como se pretende. Sinclair 1995, p. 95, sostiene que Cicerón en el *de oratore* trataba de fijar una norma del latín, más o menos conforme con la tradición y las convenciones sociales

Una razón para descubrir por qué hacía esto debemos buscarla en el *testimonium Caesaris*.

Tum Brutus: amice hercule, inquit, et magnifice te laudatum puto, quem non solum principem atque inuentorem copiae dixerit, quae erat magna laus, sed etiam bene meritum de populi Romani nomine et dignitate. quo enim uno uincebamur a uicta Graecia, id aut ereptum illis est aut certe nobis cum illis communicatum. hanc autem, inquit, gloriam testimoniumque Caesaris tuae quidem supplicationi non, sed triumphis multorum antepono.

Et recte quidem, inquam, Brute; modo sit hoc Caesaris iudici, non beneuolentiae testimonium. plus enim certe adtulit huic populo dignitatis quisquis est ille, si modo est aliquis, qui non inlustrauit modo sed etiam genuit in hac urbe dicendi copiam, quam illi qui Ligurum castella expugnauerunt: ex quibus multi sunt, ut scitis, triumphis. (*Brut.* 254-5)

El texto no sólo versa acerca del tipo de lenguaje que debe ser formalizado o normativizado, sino también acerca de la importancia que tiene contribuir al aumento de la *eloquentia* del pueblo romano. Aquí tenemos un elogio de la capacidad de Cicerón como agente cultural que promueve el prestigio de Roma al mismo nivel que los políticos. La actividad literaria y cultural recibe respaldo político de la persona más autorizada del momento³⁷. Es pre-

elevadas, mientras que César, dándose cuenta de la creciente amplitud del Imperio, pensaba que había que adaptarse a los nuevos hablantes, y reducir las exigencias del buen latín a un punto razonable. Su defensa de la *ratio* frente a la *consuetudo* es un impulso hacia la sistematización y racionalización muy similar al pensamiento político que guió la actuación del principado. Podríamos resumir el trasfondo de la política de la escritura en el *Brutus* diciendo que la norma escrita la fijan, desde luego, las élites políticas, pero a finales de la república, tanto el concepto de élite política o cultural como el ejercicio efectivo del poder político son inestables y están en plena transición. Por eso es tan difícil erigir el *Brutus* en representante de la cultura de toda una clase, y no en una tentativa, más o menos coyuntural o exitosa, de poner orden en la confusión lingüística, literaria y cultural.

³⁷ Esta concepción es extraordinariamente importante en la cultura romana y de hecho encontramos un pasaje paralelo a éste en la *Historia Natural* (7, 107-117) de Plinio el Viejo (González Marín 2003). El interés de Plinio no es literario, pero para respaldar el prestigio de estos intelectuales acude a los *testimonia* proporcionados por *auctoritates*: Plinio se dirige así a Cicerón (7, 117, 5): *salue primus omnium parens patriae appellate, primus in toga triumphum linguaeque lauream merite et facundiae Latinarumque litterarum parens aequae (ut dictator Caesar, hostis quondam tuus, de te scripsit) omnium triumphorum laurea maiorem, quanto plus est ingenii Romani terminos in tantum promouisse quam imperii.*

cisamente esa *auctoritas* de Cicerón, ganada a lo largo de su carrera y respaldada por el *patrocinium Caesaris*, la que le habilita o capacita para abordar un género de escritura nunca visto en las letras romanas. Afirma Dupont (2004, p. 173) que un escritor augústeo sólo podía aspirar a la condición de tal cuando confluía en él una doble cualidad, intentar un género en el que superara a sus predecesores griegos y contar con un respaldo socio-político que le confiriera *auctoritas*. Cicerón ya puede emprender la narración dialogada de la historia de la elocuencia romana, porque César lo ha investido de los títulos de *princeps e inuentor romanae copiae*, lo cual sirve no sólo para la oratoria, sino para cualquier género de prosa.

V. CONCLUSIONES: EL FIN DE LA HISTORIA Y EL COMIENZO DE LA HISTORIA LITERARIA

1. Pasamos por alto el que los neohistoricistas e historiadores de la cultura (Habinek 1998, Moatti 2008, Dupont 1997) hayan explicado de forma suficientemente clara las razones que llevaron a los romanos de clase alta a poner por escrito su tradición precisamente en los últimos decenios de la República y no en otra época. Con ese trasfondo lo que nos interesa a nosotros es entender algo que todo el mundo acepta con naturalidad, pero que de hecho requiere muchas explicaciones, a saber, que Cicerón escribió la primera historia de la oratoria romana.

Y ponemos en el primer lugar, precisamente, la dimensión social. Para inventar una forma literaria nueva, primero hay que ser literato, y para elegir ese tipo de actividad, ésta debe tener una fuerte remuneración social en la sociedad en la que se ejerce, por lo que no es válida la comparación con la nuestra. Cicerón se ocupa de la cultura oratoria romana, es decir, de juzgar y catalogar a cónsules, censores, o senadores (por lo general de una importancia social muy superior a la suya), porque César lo había facultado para ello, dando por supuesto que el oficio que se estaba alumbrando, el de autor literario, tenía, precisamente, una autoridad que cumplía con todos los requisitos que tal cualidad social requería. No tenía sentido que Cicerón mudara su condición de cónsul y ex senador por la de escritor si éste no hubiera recibido ninguna estima pública. La novedad de la forma produce un efecto retroactivo creando un *auctor*. Notemos que no nos sirven, por anacrónicos, nuestros términos de «artista», «escritor» o «autor». Cicerón no era ninguna de estas tres cosas.

2. El *Brutus*, como historia de la elocuencia, registra las contradicciones del término *eloquentia*, buen estilo a la vez oral y escrito. Su objeto de estudio es mixto, pues se trata de valorar oradores, o bien por las virtudes ligadas a su presencia y su *audivitas* pública —con la correspondiente capacidad de persuasión—, o bien por su contribución al arte, donde es necesario contar con su utilización de la escritura. Cicerón es al mismo tiempo el orador de más éxito de su época y el que ha sabido descubrir que el discurso escrito se diferencia del pronunciado según una gran cantidad de parámetros, y que resulta con mucho preferible a su versión oral, porque, entre otros efectos, ya sirve para dejar en la oscuridad más absoluta a sus predecesores³⁸. Sólo en el personaje de Cicerón confluyen multitud de funciones. Destacamos la discontinuidad absoluta que él mismo señala entre ser buen orador y ser buen escritor de discursos. Pues bien, una discontinuidad tan grande o aun mayor es la que reina entre ser un escritor de discursos de una amplitud y número sin comparación posible y ser un investigador y escritor de una historia de la oratoria escrita.

3. Pasemos a la forma. Cicerón escribe una historia crítica de la oratoria en forma básicamente dialogada, salvo una breve introducción, y, siguiendo, *grosso modo*, un orden cronológico. El diálogo con sus interlocutores le permite, precisamente, que salgan a relucir puntos de vista críticos (si se habla para entendidos o para el público en general, si merece la pena ser tan exhaustivo en los autores que se citan, si los oradores romanos son verdaderamente dignos de parangón con los griegos, si tiene algún interés para la oratoria del presente interesarse por los discursos de las grandes figuras del pasado, pongamos Catón).

En su respuesta a Ático, a propósito de Catón, Cicerón sabe subrayar que la oratoria escrita tiene una vertiente histórica que valora al orador en términos relativos, según las circunstancias histórico-políticas de su época; y en términos absolutos, cuánto tiene de modélico para el presente un orador pasado y, por tanto, a quién hay que imitar. Esta segunda dimensión, crítico-imitativa, es la que se impondrá en la práctica de la literatura latina pues

³⁸ Se ha destacado desde siempre el carácter del *Brutus* como epitafio (Schwindt 2000, p. 11, 120-121 y Narducci 2002, p. 401) de una forma política, de una forma oral, de una forma literaria —la del discurso deliberativo o judicial escrito— y también el epitafio de uno de sus mayores representantes.

todos los escritores relegan a sus predecesores a la categoría de imperfectos, y les encuentran notables defectos artísticos. Ligado a la imitación como apropiación, a la angustia de la influencia, etc., vemos actuar este modelo en la poesía latina augústea. Nos parece que el *Brutus*, en cuanto forma literaria, en cuanto historia de la oratoria escrita, es tan novedoso al preferir la dimensión histórica a la crítico-imitativa que, quizás por esa razón, su forma nunca tuvo seguidores y permaneció aislada³⁹.

4. Cuando pasamos del contenido de la materia a la forma en que está organizado el *Brutus*, vemos actuar el principio de iconicidad que solía actuar en las historias de la literatura «clásicas» (las del XIX y primera mitad del XX). De hecho, como historia de la oratoria literaria que es, el *Brutus* con su forma anticipa o inventa muchos de los conceptos de las historias literarias posteriores. Por ejemplo, el de agonismo.

Lo hay entre épocas, con cumbres y descensos, muerte y renacimiento⁴⁰. Lo hay entre griegos y romanos; entre comienzos del arte y su primera madurez, entre la primera madurez y la última; entre generaciones de oradores que se suceden y (eventualmente) se mejoran; entre oradores que luchan por la primacía dentro de una generación. Lo hay dentro del género, pero también entre géneros.

La cronología tiene, pues, sus héroes⁴¹. En términos de Perkins 1993, pp. 29-51, los héroes de la historia crítica de la oratoria deben ser aquellos que ocupan más tiempo narrativo (que medimos en capítulos) y están situados en los lugares más significativos en la disposición de la obra. Hortensio está al principio y al final; Bruto y Cicerón aparecen por todas partes; Catón figura en el arranque de los oradores que usan la escritura; y Craso y Antonio están, con toda precisión, en el centro de la obra. El tratamiento que reciben en la *historia*, entendida como relación escrita de los hechos, es proporcional a su importancia en la realidad⁴². Su *cursus honorum* es exhibido con mayor de-

³⁹ Cf. Schwindt 2000, pp. 216-217 acerca de la volatilidad de la historiografía literaria latina y su carácter desultorio.

⁴⁰ Cf. Perkins 1993, p. 39: «The possible plots of narrative literary history can be reduced to three: rise, decline, and rise and decline.»

⁴¹ Cf. Perkins 1993, p. 39: «The reason for this is that the hero of a narrative literary history is a logical subject- a genre, a style, the reputation of an author- and the plots are limited to what actions or transitions can be predicated of such heroes.»

⁴² Cf. Schwindt 2000, p. 111, a propósito de Catón: «Der erste Höhepunkt der römischen Rednergeschichte ist auch in seiner *narratio* als Höhepunkt gestaltet.»

talle que en los demás casos, pero además se utilizan numerosas síncretis con otros oradores o sincronismos⁴³ con la vida de Cicerón, que sirven para «amplificar» el contenido —las *aetates oratorum*— o para comparar la evolución de la oratoria en relación con otras artes.

Y los héroes tienen sus armas. Entre ellas, la escritura figura en un lugar más destacado que la *actio*. De hecho, tiene una gran importancia en la competición entre géneros —otra forma de agonismo que hemos señalado en el *Brutus*—. Todos los grandes oradores utilizaron la escritura de una u otra manera para preparar sus discursos, pero, como ya hemos mencionado repetidamente, Cicerón los supera ampliamente a todos en la importancia que le concede a ese medio. Después de que busque una salida para la oratoria en la oratoria escrita y en la historia de la oratoria, asume de tal manera el peso de la escritura en su recientemente adoptada condición de *auctor* que, como sucesor del género oratorio, no postula otro género oratorio y oral, como las suasorias o las controversias, sino un género escrito, que participa de la *eloquentia* al igual que la oratoria y la historia. Ese género es la filosofía. El autor de la historia deja escrito en ella que no se puede llegar a la cumbre como orador sin dominar toda la literatura escrita en prosa, llámese historia, oratoria, jurisprudencia o filosofía.

En resumen, Cicerón, que tanto se preocupaba de la escritura de la historia, nos ha dejado aquí un relato con sus héroes, sus síncretis entre ellos, su agonismo y sus pugnas, de épocas, pueblos, géneros. La obra aparece organizada cronológicamente y articulada según principio, medio y fin, se ajusta a datos, es veraz, atiende a un componente objetivo, y es también subjetiva, porque el escritor deja ver siempre sus intereses y sus categorías críticas para realzar su tema y hacerlo atractivo. Nuestra conclusión es que, dejando a César aparte, cuyos *commentarii de Bello Gallico* alaba en el *Brutus* por primera vez en el mundo romano, reconociéndoles su condición de historia, Cicerón es el primer historiador real dentro de la literatura latina. Y la primera historia real de la literatura latina es una historia literaria.

⁴³ Cf. Feeney 2007, pp. 5-28, sobre estos conceptos como recursos literarios y, a la vez, cognitivos.

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R. 1984 (1967¹): «Le discours de l'histoire», en *Le Bruissement de la langue, Essais Critiques IV*, Paris, pp. 163-167.
- Butler, S. 2002: *The Hand of Cicero*, London.
- Codoñer, C. 1996: «El diálogo», en Estefanía, D. y Pociña, A. (eds.), *Generos Literarios Romanos, Aproximación a su estudio*, Madrid, pp. 71-89.
- Clackson, J. y Horrocks, G. 2007: *The Blackwell History of the Latin Language*, Oxford.
- Douglas, A. E. (ed.) 1966a: *M. Tulli Ciceronis Brutus*, Oxford.
- Douglas, A. E. (ed.) 1966b: «Oratorum aetates». *AJPh* 87, pp. 290-306.
- Dupont, F. 1994: *L'invention de la littérature, de l'ivresse grecque au livre latin*, Paris.
- Dupont, F. 1997: «*Recitatio* and the reorganization of the space of public discourse» en Habinek, Th. N. y Schiesaro, A. (eds.), *The Roman Cultural Revolution*, Cambridge, pp. 44-59.
- Dupont, F. 2004: «Comment devenir à Rome un poète bucolique? Corydon, Tityre, Vergile et Pollion», en Calame, C. - Chartier, R. (eds.), *Identités d'auteur dans l'Antiquité et la tradition européenne*, Grenoble, pp. 171-189.
- Dupont, F. 2009: «The Corrupted Boy and the Crowned Poet: or, The Material Reality and the Symbolic Status of the Literary Book at Rome», en Johnson W. y Parker, H. (eds.), *Ancient Literacies*, Oxford, pp. 143-162.
- Feeney, D. 2007: *Caesar's Calendar: Ancient Time and the Beginnings of History*, Berkeley; Los Angeles; London.
- González Marín, S. 2003: «Una lista de autores literarios en Plinio el Viejo: *Naturalis Historia* VII, 107-117», *Emerita* 71.1, pp. 95-114.
- Gowing, A. 2000: «Memory and Silence in Cicero's *Brutus*», *Eranos* 98, pp. 39-64.
- Habinek, Th. N. 1998: «Writing as Social Performance», en *The Politics of Latin Literature: Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome*, Princeton, pp. 103-21.
- Habinek, Th. N. 2009: «Situating Literacy at Rome», en Johnson, W. y Parker, H. (eds.), *Ancient Literacies*, Oxford, pp. 46-68.
- Hardie, Ph. y Moore, H. (eds.) 2010: *Classical Literary Careers and their Reception*, Cambridge.
- Hinds, S. 1998: *Allusion and Intertext: Dynamics of Appropriation in Roman Poetry*, Cambridge.
- Humbert, J. 1925: *Les plaidoyers écrits et les plaidoiries réelles de Cicéron*, Paris.
- Kennedy, G. 1985: *Classical Rhetoric and its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, Chapel Hill.
- Kytzler, B. 1973 (1970¹): «Ciceros Literarische Leistung im *Brutus*», en Kytzler, B. (ed.), *Ciceros Literarische Leistung*, Darmstadt, pp. 460-488.

- López Eire, A. 2002: *Poéticas y Retóricas griegas*, Madrid.
- Mañas, M. 2000: «Introducción», de *Cicerón, Bruto*, Madrid.
- Moatti, C. 2008 (1997¹): *La razón de Roma: el nacimiento del espíritu crítico a fines de la República*, Madrid.
- Muckelbauer, J. 2003: «Imitation and Invention in Antiquity: An Historical-Theoretical Revision», *Rhetorica* 21.2, pp. 61-88.
- Narducci, E. 2002: «*Brutus*: The History of Roman Eloquence», en May, J. M. (ed.), *Brill's Companion to Cicero: Oratory and Rhetoric*, Leiden, pp. 401-425.
- Novara, A. 1982-1983: *Les idées romaines sur le progrès d'après les écrivains de la République: Essai sur le sens latin du progrès*, 2 vols, Paris.
- Perkins, D. 1993: *Is Literary History Possible?*, Baltimore.
- Rodríguez Mayorgas, A. 2007: *La memoria de Roma: oralidad, escritura e historia en la república romana*, Oxford.
- Schwindt, J.P. 2000: *Prolegomena zu einer Phänomenologie der römischen Literaturgeschichte - Von den Anfängen bis Quintilian*. Göttingen.
- Sinclair, P. 1995: «Political Declensions in Latin Grammar and Oratory 55 BCE-CE 39», en Boyle, J. (ed.), *Roman Literature and Ideology, Ramus Essays for J. F. Sullivan*, Bendigo, pp. 92-109.
- Sumner, G. V. 1973: *Orators in Cicero's Brutus: Prosopography and Chronology*, Toronto.
- White, P. 2009: «Bookshops in the Literary Culture of Rome», en Johnson, W. y Parker, H. (eds.), *Ancient Literacies*, Oxford, pp. 268-287.
- Wisse, J. 2002: «The intellectual Background of Cicero's Rhetorical Works», en May, J. M. (ed.), *Brill's Companion to Cicero: Oratory and Rhetoric*, Leiden, pp. 331-374.

Fecha de recepción de la primera versión del artículo: 04/07/2012

Fecha de aceptación: 17/09/2012

Fecha de recepción de la versión definitiva: 11/10/2012